

**JOSÉ ANTONIO MARINA  
JAVIER RAMBAUD**

---

**BIOGRAFÍA  
DE LA  
HUMANIDAD**

*Historia de la evolución  
de las culturas*



La memoria cultural de la humanidad.

La especie humana es un híbrido de biología y cultura, y este sorprendente y original libro le da todo el protagonismo no a la genética, sino a la historia de la evolución cultural, a través de un recorrido que explora el desarrollo del arte, la política, las instituciones sociales, las religiones, los sentimientos y la tecnología; un apasionante viaje por la inagotable inteligencia creadora.

Si estamos a punto de entrar en la «era del transhumanismo», según afirman influyentes pensadores, recordar el conjunto de acciones que la humanidad ha ido desarrollando para resolver sus dificultades y colmar sus expectativas —sobrevivir, huir del dolor, aumentar el bienestar, convivir pacíficamente, alcanzar un modelo ético...— se convierte hoy en una necesidad ineludible. Los principales mecanismos de la evolución biológica son las mutaciones aleatorias y la selección natural, los mismos medios que intervienen en el proceso evolutivo de la cultura, en el que encontramos realidades universales que cada sociedad ha resuelto a su manera, así como paralelismos en las invenciones —la agricultura, la escritura, la vida en las ciudades, las formas de gobierno...— y una serie de logros precarios, que pueden colapsar si desaparecen las condiciones previas que les dieron origen.

Biografía de la humanidad es un sustancioso catálogo de «genética cultural», una genealogía del ser humano que nos permite comprender no solo nuestros orígenes y valores, nuestra inteligencia y sensibilidad, sino nuestra capacidad creativa, y también destructora. Una biografía que demuestra el colosal dinamismo de la especie humana.

## Índice de contenido

Cubierta

Biografía de la humanidad

Citas

Introducción

1 Cuestiones de método

2 La emergencia de los animales espirituales

3 Todos somos africanos

4 Parte de la humanidad se hace sedentaria

5 Un mundo de ciudades

6 Sucesos precursores

7 El gran giro espiritual primer milenio antes de nuestra era

8 La era axial política y económica

9 Difusión de religiones y mudanzas de imperios

10 Un nuevo protagonista

11 Crisis y renacimiento (1200-1400)

12 El inicio de una segunda y larga era axial

13 Mundos en contacto el siglo XVI

14 La lucha por la tolerancia

15 Desastres y logros el siglo XVII

16 El siglo de las revoluciones

17 La furia expansiva

18 Esto es el ser humano

Epílogo

Sobre el autor

Notas

*A mi nieto, José Quiroga, que me ayudó a  
terminar este libro*  
JAM

*A mis padres*  
JR

## Citas

Este libro hubiera sido quemado por los nazis, como lo fue el de Franz Boas, *The Mind of Primitive Man*, por defender la importancia determinante de la evolución cultural sobre la influencia genética.

ROBERT WRIGHT, *Nadie pierde*

En un sentido significativo, toda la cultura es una: los seres humanos del presente debemos algo a cada cultura que ha existido antes de nosotros.

ROBERT N. BELLAH,

*Religion in Human Evolution*

La mente humana es distinta a cualquier otra mente que pueda haber en el planeta, no a causa de sus caracteres biológicos, que no son cualitativamente únicos, sino por su capacidad de generar y asimilar cultura.

MERLIN DONALD, *A Mind So Rare*

Hay una evolución convergente de las culturas. Lo hacen, sin embargo, por distintos caminos y a diferentes velocidades.

J. H. STEWARD, *Theory of Cultural Change*

El hombre es un animal que lleva dentro historia, que lleva dentro *toda* la historia [...]. Si alguien mágicamente extirpase de cualquiera de nosotros todo ese pasado humano, resurgiría en él de modo automático el semigorila inicial del que partimos.

J. ORTEGA Y GASSET,

*Una interpretación de la historia universal*

Lejos de presumir que los creadores de las instituciones eran más sabios que nosotros, el punto de vista evolucionista se basa en percibir que el resultado de los ensayos de muchas generaciones puede encarnar más experiencias que la poseída por cualquier hombre en particular.

FRIEDRICH A. HAYEK,

*Los fundamentos de la libertad*

El pasado está encapsulado en el presente y constituye una parte de él no inmediatamente evidente para el ojo inexperto.

R. G. COLLINGWOOD, *Autobiografía*

## Introducción

Tal vez estemos viviendo la última oportunidad histórica de comprender nuestra evolución. No por falta de capacidad, sino de interés. La velocidad y la eficiencia de los cambios actuales pueden hacernos pensar que el estudio del pasado es un peso muerto que retrasa la navegación, pero el desdén por la historia nos condena a usar la cultura sin entenderla, lo que limita nuestra libertad. Necesitamos conocer para comprender, y comprender para tomar decisiones y actuar. La historia, tal como la entendemos, nos proporciona claves de comprensión: es la gran hermenéutica. Esto ha sido verdad siempre, pero en el momento actual ha aparecido un nuevo motivo para revisar nuestra genealogía. Si estamos a punto de entrar en la «era del posthumanismo», según dicen influyentes observadores, recordar lo que es la humanidad nos parece necesario, antes de que se extienda sobre ella una «cultura del olvido», antes de que la pasión por innovar nos impida pensar sobre lo que debe permanecer. No hace falta ir a libros técnicos para saber lo que se espera del futuro, porque el tema ha saltado ya al gran público. «Los posthumanos serán personas de habilidades físicas, intelectuales y psicológicas sin precedentes, autoprogramadas, autodefinidas y potencialmente inmortales», escribe Pepperell.<sup>[1]</sup> «La interfaz cerebro-ordenador puede cambiar lo que significa ser humano», titula *The Economist*.<sup>[2]</sup> Luc Ferry, un peso pesado de la intelectualidad francesa, ha escrito *La révolution transhumaniste*.<sup>[3]</sup> Nick Bostrom, fundador de la World Transhumanist Association, prevé la emergencia de una superinteligencia en un libro recomendado por Bill Gates.<sup>[4]</sup> Se habla de la aparición de la «singu-



laridad», de una nueva especie, dentro de veinte años.<sup>[5]</sup> Antes de decir adiós a la humanidad, parece sensato intentar comprender qué es para no caer en un adamismo entusiasta —poderoso, pero ignorante—. E. O. Wilson, en *El sentido de la existencia humana*, insiste dramáticamente en esta necesidad: «Nuestra supervivencia a largo plazo —escribe— radica en que nos comprendamos a nosotros mismos con inteligencia».<sup>[6]</sup>

*Biografía de la humanidad* cuenta la aparición evolutiva de los *animales espirituales*, que somos nosotros, y de lo que esto significa. La evolución biológica dejó a nuestra especie en la playa de la historia. Apareció entonces un extraño híbrido, mezcla de biología y cultura, inquieto y sometido a permanente cambio. Nuestra naturaleza nos impulsa a crear cultura y, al hacerlo, nos recreamos. Una especie muda creó el lenguaje, y ahora no podemos pensar sin él. Unos seres preparados para vivir en pequeños grupos han creado sociedades extensas. Tenemos, por ello, un doble genoma: el biológico y el cultural. Aquel ha sido ya descifrado, y tal vez haya llegado el momento de descifrar el otro. Por ello, este libro podría haberse titulado *Genética cultural*.

Queremos estudiar la evolución cultural de la humanidad, que es un colosal dinamismo de autoconstrucción, dirigido por ensayo y error, por hipótesis y comprobaciones, por proyectos y esfuerzos para realizarlos. En todos nosotros resuenan voces antiguas, cuya procedencia desconocemos. Vivimos entre instituciones, costumbres, códigos, lenguajes, técnicas que son la sedimentación secular de acciones olvidadas. También deberíamos conservar la memoria de nuestras equivocaciones. Estamos influenciados por decisiones que fueron tomadas en un pasado inmemorial y no sabemos por quién. Escribimos en castellano por la expansión imperial de Roma. El enfrentamiento entre chiitas y sunitas en los países musulmanes deriva de una decisión to-

mada en el siglo VII. En su libro *Por qué fracasan los países*, Acemoglu y Robinson comparan Egipto e Inglaterra. Abreviando mucho, Inglaterra es más rica porque en 1688 tomó una decisión política. La gente luchó, obtuvo más derechos y los usó para ampliar sus posibilidades económicas.<sup>[7]</sup> Para comprender el sentimiento que muchos estadounidenses albergan acerca de su responsabilidad en el bien de la humanidad hay que recordar la idea transmitida desde los primeros inmigrantes de que América era el nuevo Paraíso, y que ellos eran el pueblo elegido por Dios. Como escribió Chateaubriand: «El Eterno reveló a su hijo bienamado su designio sobre América: en esta parte del mundo preparaba una renovación de la existencia humana. El hombre, iluminado por luces crecientes y nunca perdidas, debía recuperar la sublimidad primera que había perdido con el pecado original».<sup>[8]</sup> No se trata de casos aislados, porque todo nuestro presente está influido por hechos y por relatos pasados.

Pensamos desde una cultura y convivimos en medio de creaciones culturales: incluso el maíz o el trigo que comemos son híbridos de naturaleza y cultura. En ese largo proceso, nuestra inteligencia se ha ido conformando. El niño aprende en muy pocos años cosas que la humanidad tardó miles de años en inventar, por ejemplo, el lenguaje, el pensamiento abstracto, la regulación de las emociones, el comportamiento voluntario o a convivir en sociedades extensas. Por tanto, vivimos desde las posibilidades físicas y mentales que nos proporciona nuestra cultura. *Posibilidad* es una de las palabras claves de esta historia. Cada momento histórico tiene sus propios horizontes, con los que tiene que contar para fijar los rumbos.

Es frecuente considerar la cultura como un conjunto de obras o de creaciones humanas, es decir, con una mentalidad museística: tras la sala prehistórica viene la sala egipcia, la mesopotámica, y todas las demás. Para nosotros, en

cambio, la cultura es el modo humano de vivir. Lo que nos interesa es conocer la fuente de la que proceden esas obras, la energía que las produjo, las fantásticas retroalimentaciones de ese bucle prodigioso que crea aquello que después lo recrea. Quisiéramos contar la cultura *desde dentro*, ser sus biógrafos. No nos importa el magma solidificado, sino el volcán en erupción. Si fuéramos lo suficientemente sabios y convincentes, este relato se convertiría en parte de la autobiografía de cada uno de nosotros y nos sentiríamos implicados y emocionados por la azarosa vida de nuestra especie, de la que no es exagerado decir que está en busca de definición. Pico della Mirandola, en un texto representativo del Renacimiento, hace decir a Dios, refiriéndose al hombre: «Ningún lugar te he dado para que puedas ocuparlos todos».<sup>[9]</sup> Siglos después, Nietzsche lo reafirma: «Somos una especie aún no fijada».<sup>[10]</sup> Esta necesidad de buscar nuestro puesto en el universo resume la evolución humana, que pasa de ser una historia zoológica a ser una aventura metafísica.<sup>[11]</sup> Enfrentarnos a ella supone asistir a la aparición de lo extraordinario. Sófocles sintió ese mismo sobresalto y lo expresó en *Antígona*: el ser humano es *deinós*, extraño, terrible, admirable; es *polimathos*, *politropos*, capaz de muchas cosas, constructor y destructor de ciudades. Nos definen con la misma objetividad las obras de arte que los instrumentos de tortura. Pretender contar la historia de este ser obliga a viajar de la miseria a la grandeza, del horror a la bondad, del abismo a las cumbres, del espanto a la admiración. Los pensadores existencialistas fueron conscientes de que el ser humano había sido «arrojado a la existencia» y había tenido que inventarlo todo para evadirse del determinismo animal del que procede. Era inevitable que esta lucha desde la oscuridad, esta ascensión desde la cueva platónica para ver el sol, esté llena de sucesos horribles y de episodios magníficos: vivimos

tensionados hacia el futuro por problemas, proyectos y preguntas.

La evolución de las culturas nos permite unir la psicología y la historia, que ha sido una aspiración constante de los investigadores.<sup>[12]</sup> La psicología tiene que explicar la historia y, recíprocamente, la historia nos permite descubrir misterios del ser humano. En ella yace el secreto de los *animales espirituales*. El sabio Wilhelm Dilthey ya advirtió que al ser humano no se le conoce por introspección, sino estudiando aquellas cosas a las que se ha dedicado con tenacidad. La cultura es, pues, una revelación de la intimidad de la especie.

Organizar la historia de las culturas como la *biografía* de la gran familia humana nos permite comprender todas sus manifestaciones como un esfuerzo coral, variado, a distintas velocidades, para resolver problemas, es decir para inventar, para inventarnos. «En 1844 —escribe elogiosamente Borges—, en el pueblo de Concord, un amanuense había anotado: “Diríase que una sola persona ha redactado cuantos libros hay en el mundo; tal unidad central hay en ellos que es innegable que son obra de un solo caballero omnisciente” (Emerson: *Essays*). Veinte años antes, Shelley dictaminó que todos los poemas del pasado, del presente y del porvenir, son episodios o fragmentos de un solo poema infinito, erigido por todos los poetas del orbe.»<sup>[13]</sup> Vamos a considerar la evolución de las culturas como una única aventura, en la que distintos protagonistas desean los mismos fines y crean los instrumentos para conseguirlos.

Nuestro proyecto tiene una meta que sobrepasa la historia. Ya hemos dicho que un acontecimiento zoológico desembocó en una aventura metafísica. Creemos que el estudio de la evolución de las culturas puede fundar un *nuevo humanismo*,<sup>[14]</sup> que es necesario cultivar en este momento, y que puede tal vez ayudarnos a alcanzar la paz sin perder la audacia. Consideramos que es importante recor-

dar la epopeya de la humanización de nuestra especie — que es nuestra historia común—, la brillantez y la precariedad de sus logros, y estudiar, junto a las grandes creaciones, la historia de las víctimas, el libro negro de la historia. Nos parece que debería ser asignatura obligada en todos los niveles educativos, para dar sentido al resto de los estudios, porque permitiría aumentar nuestra *comprensión*.

Este libro tiene, pues, carácter programático. Estamos convencidos de que necesitamos una *ciencia de la evolución cultural de la humanidad* que prolongue la ciencia de la evolución biológica. Una vez escrito, nos reafirmamos en una serie de conclusiones, que adelantamos para convencer al lector de la importancia del tema:

1. La ciencia de la evolución cultural revela la evolución de la inteligencia humana y nos permite comprender sus creaciones, enlazando la psicología con la historia. De esa manera nos permite descubrir la esencia del ser humano y recordar que pertenecemos a una única especie.
2. La ciencia de la evolución cultural puede ayudar a hacer compatible la lealtad local con la lealtad a toda la humanidad.
3. La ciencia de la evolución cultural puede conseguir que aprendamos de la historia y, en un momento en el que la tecnología nos lo permite, puede ayudarnos a tomar decisiones sobre cómo dirigir la evolución de la humanidad. Martha Nussbaum señala, con razón, la necesidad de «enseñar a pensar en función de problemas humanos comunes, de esferas de la vida en las que los seres humanos, sin importar dónde vivan, tienen que elegir. Comenzar a hacer una comparación intercultural de estos problemas comunes nos permitirá reconocer una humanidad compartida

y, al mismo tiempo, reparar en las considerables diferencias en los modos en que las diferentes culturas e individuos han enfrentado esos problemas».[15]

4. La ciencia de la evolución cultural permite comprobar que la historia no tiene un fin determinado, pero que los seres humanos actúan movidos por fines, lo que libera nuestra evolución del azar y nos permite descubrir algunos grandes guiones evolutivos: la población aumenta, a pesar de guerras y epidemias; las sociedades se hacen cada vez más complejas y consumen cada vez más energía; las armas son más mortíferas; la comunicación es más amplia y tupida; la duración de la vida se alarga; aumenta el control de la naturaleza, de la sociedad y de la propia intimidad; se evoluciona de la magia a la ciencia, y se han reducido los niveles de violencia.
5. Por último, la ciencia de la evolución cultural permite enunciar una «ley del progreso ético de la humanidad», aunque a la vista de los horrores de la historia parezca falsa: «Cuando las sociedades se liberan de la pobreza extrema, de la ignorancia, del dogmatismo, del miedo y del odio al vecino y al diferente, evolucionan convergentemente hacia un modelo ético universal que se caracteriza por el respeto a los derechos individuales, el rechazo a las discriminaciones no justificadas, la confianza en la razón para resolver problemas, la participación en el poder político, las seguridades jurídicas y las políticas de ayuda». Pero esos logros son precarios, y pueden colapsar si desaparecen las condiciones previas. Nada nos asegura un final feliz.

## CAPÍTULO PRIMERO

# CUESTIONES DE MÉTODO

### 1. El método

Estudiar la evolución cultural de la humanidad sin perderse en generalidades parece un proyecto megalómano, condenado al fracaso. No hace falta ser historiador para comprender que la información de que disponemos es inmanejable. Según un famoso neurólogo, solo hay una cosa en el universo más complicada que el cerebro humano: siete mil millones de cerebros humanos trabajando simultáneamente. Pues bien, únicamente hay algo aún más complejo de estudiar: los miles de millones de cerebros que han estado trabajando a lo largo de la historia de la humanidad. En este momento, las nuevas tecnologías permiten la utilización de los Big Data para el estudio de la historia.<sup>[1]</sup> Es decir, abren la posibilidad de tener millones de datos de cada uno de los habitantes del planeta, de los grupos, empresas, instituciones, de los flujos monetarios o migratorios, del impacto de las noticias, los medios de comunicación, la publicidad. El problema estriba en saber qué hacer con tanta información. Piensen lo que supondría escribir la «historia universal de un día», incluso la «historia de una hora» de manera exhaustiva. Sería algo semejante a pretender hacer un mapa del mismo tamaño que el territorio cartografiado.

Por desgracia, el cerebro humano solamente puede manejar esa información gigantesca simplificándola de alguna